

Globethics Repository

The logo for Globethics, featuring the word "Globethics" in white sans-serif font on a blue rectangular background.

“Pasamos de la seguridad a la seguridad
ciudadana” ["We went from safety to public safety"]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository.
More information on Globethics see <https://www.globethics.net>. Data and content policy
of Globethics Repository see <https://repository.globethics.net/pages/policy>.

Item Type	Article
Authors	Tavares, José Vicente
Publisher	Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales
Rights	Creative Commons Copyright (CC 2.5)
Download date	2026-07-17 03:10:33
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/154472

“Pasamos de la seguridad a la seguridad ciudadana”

José Vicente Tavares*

¿Cuál es la discusión actual de seguridad pública en Brasil? ¿Por qué carriles transita?

Bueno, la idea es cómo crear un nuevo modelo de control social aparte de la herencia autoritaria que la dictadura militar ha construido: una policía y una justicia muy autoritarias, muy selectivas, con graves discriminaciones de clase, de género, de orientación sexual. Entonces, el problema es cómo cambiar eso, cómo profundizar la democracia. O sea, desde el policía que está en la calle hasta en las cárceles, cómo introducir el concepto de derechos humanos como algo que sea transversal a toda la política.

¿En qué se nota esa discriminación de clase, de raza, de sexo?

Las grandes ciudades brasileñas son ciudades fracturadas, donde están los sectores acaudalados y además toda la periferia. Aquí la policía ejerce un rol muy tradicional de control social: la represión. De hecho hay una cultura institucional donde a los negros, a los jóvenes, muchas veces a las mujeres, a gente de diversas orientaciones sexuales, se los considera potenciales delincuentes. Si un negro está corriendo en la calle, por supuesto, está corriendo porque ha hecho alguna cosa mala; si es un blanco, está haciendo *jogging*. Y esto es una cultura entrañada en las instituciones policíacas, eso aparte mueve decisiones políticas, mueve toda una orientación de dar fondos públicos para modernizar los aparatos, etcétera. Hay una dificultad cultural notablemente en dos puntos: primero, cómo tener un sistema de informaciones criminales que pueda ayudar a una gestión moderna del sistema; lamentablemente en Brasil las estadísticas criminales son muy malas, no tienen confiabilidad. Y el segundo punto es más cultural, exactamente cómo construir

* Sociólogo brasileño, profesor en la Universidad Federal de Río Grande do Sul en Porto Alegre, experto en temas de seguridad. Miembro del Grupo de Trabajo de CLACSO “Las Ciencias Sociales en América Latina y el Caribe: tendencias, perspectivas, retos y desafíos” y del Grupo de Trabajo “Paradoxos da Segurança Cidadã na América Latina”.

una legitimidad de la policía para la población, para esto hay que cambiar la cultura interna de las organizaciones. Y eso era un problema muy difícil porque es más fácil cambiar políticas que cambiar culturas.

¿Cómo se cambian las culturas?

Primer punto, por un nuevo tipo de educación. Siempre hay una teoría implícita y el problema es éste, que esa teoría muchas veces se quiere no discutida, se quiere como evidente, para usar un término del campo, un imperativo. Entonces, hay que discutir la teoría que está inmersa en la práctica que muchas veces es inconsciente al nivel de las personas, incluso al nivel de las instituciones.

Sí, porque es una práctica que viene de hace mucho tiempo, aunque alguno la teorizó.

Exacto. En Brasil lo que hubo desde el gobierno de Fernando Henrique Cardoso fue una orientación marcada por los derechos humanos. Con el gobierno Lula, desde el primer Lula, hubo una profundización de un nuevo concepto que llamamos seguridad ciudadana. Eso significa que no es solamente la defensa del Estado ni de la propiedad lo que importa, sino mantener un orden social democrático y que todo ciudadano pueda tener la protección de la policía. O sea, la policía en ese nuevo concepto es un agente de derechos humanos, es una práctica de derechos humanos. ¿Cómo llegar a esto? Lo que hicimos en Brasil desde Lula fue, primero, realizar un gran diagnóstico de todo el sistema con 45 investigadores, buena parte de ellos policías también, y nosotros como académicos. Hicimos, entonces, un plan donde la orientación era profundizar en los grupos más vulnerables de la sociedad porque la verdad que esta violencia, esta violencia criminal, esta violencia que está difusa en la sociedad, quienes más sufren esta violencia son los pobres o los trabajadores. Una vez que los ricos, las clases medias-altas, tienen incluso sistemas privados de seguridad, la seguridad pública es una cuestión para el pueblo. Entonces, el segundo momento en que trabajamos fue cambiar profundamente los contenidos de las Academias de policía. Creamos una matriz educacional brasileña con aportes de intelectuales, de policías, etcétera, eso debe ser la orientación de todas las Escuelas de policía, hay dos en cada estado brasileño. Pero ahí siempre llegamos a un momento en que esta innovación democrática sufre resistencias de los aparatos, de gente que está todavía en la cultura autoritaria. Eso es muy difícil porque no es solamente la policía la que tiene una cultura represiva en la cabeza, es también de la gente, las personas. Hay una especie de cultura muy conservadora y muy represiva. Es mucho más fácil hacer democracia participativa, hablando de educación, salud, de la ciudad...

¿En qué se traduce esa cultura represiva en la gente, no sólo en la policía?

Por ejemplo, que la pena de prisión, la cárcel es la mejor medida para punir al individuo, no importa el tipo de crimen.

Y que hay que aumentar las penas, además de todo, ¿no?

Aumentar las penas. Brasil ahora es el cuarto país del mundo en personas encarceladas, 600.000 personas. Primero es Estados Unidos, China, Sudáfrica, Rusia y Brasil el quinto. Entonces, las cárceles son una academia del crimen, porque la idea de resocialización es imposible.

Van profesionalizando.

Van profesionalizando. Una vez que tú tienes un joven que entra ahí por una cosa muy pequeña, encuentra una persona que está ya vinculada al narcotráfico, etcétera. Entonces, es una situación muy delicada para profundizar la democracia. Felizmente en Brasil la universidad, de algún modo, ha respondido a eso. Hoy hay, no sé cuántas pero quizá 30.000 tesis de maestría y doctorado sobre el tema de los más distintos campos científicos. Entonces me parece que las agencias de fomento también han privilegiado violencia, crimen, injusticia y los derechos humanos como un tema. Incluso en CLACSO ahora empieza a haber más grupos. Todavía no tanto, si uno mira los libros de CLACSO, no hay más que tres o cuatro sobre este tema, todavía es insuficiente. Esa insuficiencia es algo que aclara el problema de cómo es difícil, incluso para las fuerzas de izquierda en Latinoamérica, proponer un nuevo modelo. Es mucho más fácil trabajar sobre otros temas, pero es un tema clave de la democracia contemporánea.

¿Cómo se define la idea de la seguridad pública a partir del gobierno de Lula?

En verdad, pasamos de un concepto de seguridad pública para seguridad humana y aparece un nuevo concepto que es “seguridad ciudadana”, que incluso es un grupo de trabajo de CLACSO ahora. La idea es que en la calle este profesional tiene un trabajo comunicativo, tiene un trabajo del diálogo, tiene un trabajo de dar protección a la persona si se siente amenazada por alguna cosa o si hay un peligro o un accidente, por supuesto. Es necesario que ese trabajo del policía en la calle produzca confianza en la institución y, por ende, es necesario que la gente aprenda que la diversidad cultural es democrática, que la diversidad de orientación sexual es democrática, que hay que tener otros métodos, por ejemplo mediación de conflictos. Incluso en Buenos Aires y algunas comisarías en Brasil también hay un servicio

solamente sobre violencia doméstica que recoge tanto al varón como a la mujer y les brinda asistencia psicológica con trabajadores sociales porque eso es un conflicto, pero no es un crimen todavía. El modo como ese policía llega a una casa o va a hablar con jóvenes de una periferia, va a determinar si este conflicto puede o no transformarse en violencia o en crimen. Entonces, el rol de ese policía es central, hay que dar una educación, no solamente un entrenamiento. Ese es un problema conceptual de la Escuela de policía y lo tengo en la investigación comparativa internacional sobre esto, y el problema es que muchos piensan que el policía solamente necesita ser entrena-

Las grandes ciudades brasileñas son ciudades fracturadas, donde están los sectores acaudalados y además toda la periferia. Aquí la policía ejerce un rol muy tradicional de control social: la represión.

do en alguna tarea específica, pero todo profesional tiene una parte de entrenamiento, de metodología de trabajo, etcétera, pero hay otro concepto que es mucho más importante que es el concepto de educación, como decía Paulo Freire, es una educación dialógica. Entonces, esa educación dialógica es necesario que ahora esté adentro de las Academias de policía en toda Latinoamérica, lo que todavía no es lo más importante, lamentablemente.

¿Cuál es el origen no del crimen o del delito, sino del nivel alto de violencia en algunas ciudades brasileñas?

Me parece que la violencia, por un lado es una expresión de la desigualdad social, es una expresión de una desigualdad social muy grande. Porque si uno mira el homicidio, hay por lo menos cuatro motivaciones: una, por supuesto debe ser la más importante, está vinculada al crimen organizado, al narcotráfico, etcétera; pero hay otra parte que es la violencia doméstica y eso deriva de una cultura machista, de una cultura patriarcal. Hay otro tipo de violencia que es la violencia interpersonal que muchas veces amigos salen de alguna charla...

El tema de la violencia machista y patriarcal se ejerce no sólo sobre las mujeres, sino sobre los niños...

Y sobre los ancianos también. Y una parte de las mujeres, porque si uno piensa que lamentablemente las mujeres también pueden ser autoras de violencia en contra de los niños y en contra de los ancianos. Porque ahí me parece que hay un núcleo duro de la violencia que es el castigo corporal de los niños.

¿De dónde viene en Brasil?

Esto viene de una cultura patriarcal esclavista de Brasil, pero eso está presente en todo Occidente. Pero los indígenas no tienen castigos corporales con sus hijos. Y en la cultura occidental tenemos muy fuerte esto. Por supuesto, los dos otros tipos de homicidios, conflicto interpersonal o disputas por códigos de honra, códigos de honor que son también muy machistas, son otra parte. Esas tres últimas son derivaciones de una cultura de la violencia que hay en América Latina y en Brasil en particular. Por lo tanto, no basta el aparato judicial represivo que es necesario en el otro caso, no vas a abrir una investigación criminal, es necesario una campaña de cambio de cultura, lo que por supuesto no es solamente la tarea de los policías, es una tarea de toda la sociedad. No es una tarea fácil, pero hay que empezar. En Inglaterra, por ejemplo, en las escuelas el castigo físico de los niños era permitido hasta una campaña pública de los años noventa; en México todavía está permitido.

Hablamos de 1990, no de 1890 ni de 1790. Para pasar a otro componente de la violencia, ¿la existencia de una cantidad muy grande de armas es determinante?

Sí, tiene que ver en esto. A partir de los años noventa, incluso con el final de la Guerra Fría, hubo una enorme disponibilidad de armas en el mundo. Si uno ve esta película *El señor de las armas*, por ejemplo. Y, por supuesto, en Brasil hay 15 millones de armas, la mitad ilegales.

¿Quince millones de armas? Estamos hablando de una población de poco más de 200 millones de habitantes.

Sí.

O sea un 7,5% de población armada...

Esa disponibilidad de armas ha hecho que conflictos interpersonales, incluso domésticos, que antes se resolvían quizás por un esfuerzo físico, ahora se “letalizaron”, ahora es mortal, es letal. Lo mismo, por ejemplo, que uno hoy habla mucho de la violencia en la escuela, que antes era una violencia que había, siempre hubo, muy interpersonal, etcétera, pero hoy día es una violencia letal. En Estados Unidos existe el concepto de

violencia escolar letal desde Columbine, que lo más terrible de Estados Unidos es que eso se repite con una frecuencia casi anual.

Sí. O más.

O más. Yo he visto mapas de esta violencia escolar letal, lo interesante es que no está en las grandes ciudades norteamericanas, no está en los guetos de pobres o negros o latinos, está exactamente en los suburbios, en los *middle-class suburbia* (suburbios de clase media), donde uno nunca pensaría que podría haber una situación de violencia como esta, y ahí por supuesto en el caso estadounidense una vez más es la casi ilimitada disponibilidad de la compra de armas, incluso por Internet.

Sí, armas de guerra, armas muy sofisticadas...

Armas de asalto, como ellos les dicen. Nuevamente, ahí se imbrica una cuestión cultural con lo que yo llamaría el complejo industrial de la violencia. La industria de armas y después toda la industria de seguridad que recubre esto, contra la transformación de la violencia, del crimen, en un espectáculo, incluso muy próximo al concepto de terrorismo. Hay que retrabajar el concepto de “seguridad de los ciudadanos y de las ciudadanas”, como seguridad del espacio social, pero operado de un modo democrático. Es una tarea enorme, pero necesaria.

¿Cómo influyen en eso los grandes medios? ¿Crean climas de histeria o psicosis, o solo los reproducen?

Creo que el rol de los medios de comunicación es doble. A mi juicio, por un lado, a esta producción del pánico social, incluso en Brasil como en otros países hay emisiones de radio y televisión que transforman el crimen en espectáculo.

¿Y eso qué produce?

Eso produce un pánico social, provoca una histeria colectiva. Por ejemplo, hubo un programa en la Rede Globo en Brasil, Línea Directa, que exactamente tomaba como objeto crímenes pasionales y, por ende, toda una emocionalidad, toda una dramaticidad, donde es muy difícil que la razón pueda intervenir. Porque por supuesto que la violencia produce sufrimiento, la violencia produce emociones, es una expresión de emociones muy fuerte, pero es necesario introducir la razón práctica. Porque incluso hay una gran paradoja en Latinoamérica que es que por supuesto en los últimos años muchos países tuvieron políticas de inclusión social, hubo reducción de la exclusión, de la miseria, de la pobreza, pero la gran paradoja, y ahí está Brasil, está México, está Colombia y está Venezuela también, a pesar de la reducción de la pobreza hubo

una explosión de la violencia. Por razones mundiales, por supuesto, la internacionalización del crimen, del tráfico, pero también por razones yo diría de unas instituciones tradicionales, instituciones del sistema de justicia que no se modernizaron. Esa es la gran paradoja latinoamericana: más inclusión social es más violencia.

¿Y qué parte de la justicia debería modernizarse, por lo menos en Brasil?

Me parece que todo el sistema. Primero, la policía. Brasil creo que es el único país del mundo en el que hay dos policías: una policial que llamamos civil, y una militar que es la policía extensiva. Hoy se trabaja mucho con la idea de que hay que hacer una integración de los servicios policiales, que hay que introducir nuevas metodologías de información, nuevos sistemas de información y redefinir el rol del policía. Pero no basta. El sistema judicial –y ahí está el gran Raúl Zaffaroni de Argentina para probarlo– también tiene una mentalidad muy represiva, muy tradicional. A los jueces, a todos los operativos del derecho, les falta una visión más compleja de los fenómenos. Por eso, en el caso de Brasil, las cárceles han aumentado en los últimos 20 años me parece que cinco veces. O sea, toda la idea de una justicia restaurativa, de una justicia utilizando mediación de conflictos, de reparación con multas, es subrogada a la idea del encarcelamiento, pero el encarcelamiento es la producción social del crimen. En Brasil hay una reincidencia del 70 por ciento. Entonces, la gente vive allí en condiciones inhumanas y cuando salen ya están dentro de organizaciones criminales. En Brasil hay una gran organización, el PCC en San Pablo, otras tres en Río, en cada ciudad las hay; esas organizaciones no están solamente adentro de la prisión, están afuera. O sea, la prisión se transformó en la institución que no es solamente total, es la institución global, es la institución que desde adentro de la prisión provoca efectos en la ciudad.

Es parte de un sistema.

Es parte de un sistema y produce la criminalización del sistema. Entonces, es una situación muy difícil que me parece que es uno de los grandes retos de la democracia en Latinoamérica, cómo superar ese dilema: más inclusión social, pero al mismo tiempo más violencia.

Sé que estás trabajando en novela negra, en policial negro.

Todo el mundo lee novela negra y nadie lo confiesa porque es considerado un subgénero de la literatura.

Cosa que no es.

No es.

A los que nos gusta la novela negra, sabemos que es un gran género.

Es un gran género. Es que tiene una historia desde el siglo XIX, desde Poe, que es muy similar a la historia de la gran novela. Y muchos de los grandes novelistas, vamos a hablar de Carlos Fuentes por ejemplo, en algún momento escriben sobre el tema, quizás no con las características estructurales de la novela negra, pero abordan hoy día el tema del crimen, de la violencia, mucho más de la violencia que aparece. A mí me parece que es importante entender la novela como la expresión artística de un estado de la sociedad. Bueno, tengo una investigación sobre veinte autores de diez países, en donde lo interesante es que en los últimos veinte años se produce una transformación de la novela negra... o sea, nosotros llamamos el neo-polar, a mí me gusta llamarla novela de la violencia, ¿por qué? Porque no es más la novela negra clásica con el policía, con el investigador privado, cómo se logra el enigma, con técnicas muy fijadas de escribir la novela, por eso la gente escribe doscientas novelas como Simenon y la gente lee doscientas novelas. La novela negra perfecta sería aquella en la cual el lector sería el culpado, ¿no? Todavía la diferencia de la novela de la violencia es que son temas como narcotráfico, la violencia doméstica, la violencia policial, incluso la violencia del Estado...

En el sueco Henning Mankell el tema de los inmigrantes, por ejemplo...

De los inmigrantes. Y lo que es interesante es que la estructura es diversa, muchas veces no hay un asesinato inicial como en Agatha Christie, pero hay violencias físicas, homicidios, torturas y muertes a lo largo de toda la novela. Y muchas veces el policía está involucrado con el crimen. Y muchas veces no hay solución del enigma, el enigma permanece. O sea, es una expresión de una cultura de la violencia. En verdad la cultura de la violencia tiene el sentido de ser un ordenador de conductas, es un código moral la violencia, lamentablemente, pero lo es. Me parece que la capacidad de los escritores y escritoras de reconstruir este mundo, de figurar este mundo de la violencia, nos enseña tanto a comprender la violencia como también a buscar herramientas críticas y prácticas para reducir y terminar con la violencia en la sociedad.

¿Qué autor brasileño recomendás? ¿O cuál te parece el más representativo de todos?

Hay dos hoy en día: uno es García-Roza, que es psicoanalista, fue profesor de psicoanálisis, escribe sobre una región muy acotada de Copacabana en Río de Janeiro, con una finura psicológica de los personajes muy interesante, en donde por ejemplo muchas veces no hay solución del enigma.

¿Nunca les da de alta a sus personajes?

Exacto. Y esa nueva manera...

Un psicoanalista escritor que no les da de alta a sus protagonistas, es así.

Sí. Y hay otro que es el gran Rubem Fonseca que tiene más de diez libros, que fue el primero, incluso durante la dictadura militar, un cuento suyo llamado "Feliz Año Nuevo", que era sobre personas que entraban a casas y las destruían con una brutalidad... Eso fue prohibido por la dictadura militar. O sea, es una persona que, incluso por su biografía personal, fue periodista, fue comisario de policía, consiguió reproducir este mundo de una violencia difusa, de un sinsentido que en verdad es un sentido de orientación cultural. Hay otros, Mallo en Argentina, Fernando Vallejo en Colombia, Franco en Colombia también, Mendoza en México, Carlos Fuentes que llega ahí también...

¿Y de los europeos cuál te gusta o cuál seguís?

Mankell que te gusta también, Stieg Larsson es muy interesante. Porque lo curioso es que ahí...

Se supone que son sociedades poco violentas o vistas como poco violentas. Por lo menos con muy pocos homicidios.

Exacto. Entonces, ellos presentan otros tipos de violencia, las mafias que llegan, el crimen organizado dentro de tráfico de drogas, de tráfico de mujeres, incluso de tráfico de niños... Toda la cuestión de la violencia simbólica aparece mucho en las novelas. Entonces, me parece que aparte de gustarme leer novelas, es una forma de percibir cuáles son los valores de la sociedad contemporánea, y ahí me parece el tema es esta ambivalencia entre la expansión de la democracia, pero al mismo tiempo se mantienen las altas tasas de violencia en muchas sociedades, en Latinoamérica principalmente, pero en África mucho, y toda la crisis europea también aumenta la violencia, incluso la de esos jóvenes desplazados. Y en Francia, por ejemplo, hay autores que están observando este mundo, de algún modo haciendo conocer esto, y me parece que ahí la literatura como la sociología son una forma de ayudarnos a transformar la sociedad.